

HECTOR BIANCIOTTI  
LA BUSCA DEL JARDIN

TUSQUETS  
EDITORES

**Jardín.** Las primeras cosas que sus ojos vieron se confunden en una sola, incesante: la llanura que se extendía sin la menor oscilación alrededor de la pequeña casa de la infancia, los campos arados que se prolongaban por leguas y leguas, y de los que se levantaba, en las tormentas secas, una espesa nube de polvo que borraba el cielo e instalaba en el patio un gran terror diurno.

No hay otro color que el de la tierra en sus primeros años y el mismo olvido que cubre las imágenes tiene la densidad de una polvareda suspendida. Nada emerge, ningún contorno ni momento netos, hasta que otro campo y otra casa, rodeada de árboles gigantes y diversos, como ninguna otra en la zona, lo acogen. Allí morirá la abuela y nacerá Cornelia. Allí, sobre todo, el mundo, a pesar del mar único de tierra que envuelve circularmente casa y árboles, cobrará límites y propondrá a su ignorancia ávida la geometría de un jardín dividido en círculos, triángulos, rectángulos, que se repiten a uno y otro lado del sendero central, del mismo modo que se repiten los rosales, los lirios, las yucas, tamarindos y magnolias y laureles, con una simetría estricta que sólo contradice a veces la prematura floración del rosal de la derecha o del laurel rosa de la izquierda.

Si la abundancia de árboles (álamos, plátanos, fresnos, acacias, eucaliptos, ¿de dónde y quiénes los habrían traído para formar esa sociedad vegetal exiliada en aquel

páramo?) lo confortara como un refugio contra el vértigo de la planicie, la simetría del jardín le procuró de inmediato una exaltación que se parecía a la felicidad. (Las palabras que nos separan de las cosas al nombrarlas, no impedían aún su identificación con el lugar: ser y estar, cuando se hallaba en el jardín, se confundían: de ahí la dicha.)

¿De ahí la dicha?

El niño está sentado en el borde de la terraza entre los dos laureles y juega a componer con hojas una flor verde. Su ignorancia de lo que fatalmente sabrá es inmensa y no puede, por ejemplo, sospechar que cuarenta años más tarde un hombre lo recordará cada vez que, al atravesar los suburbios de la ciudad gris, pase junto a ciertos jardines estoicos en los que retumba el fragor de los trenes —como hoy, en este atardecer que se degrada insensiblemente: las flores destellan, vívidas, como si reverberaran la luz horizontal del crepúsculo—. Sin embargo, no hay, en lugar de crepúsculo, más que un oscurecimiento paulatino. Y como detrás de las verjas sus ojos distinguen fugaces círculos delimitados por ladrillos, y triángulos y, a trechos, algún eucalipto, o álamos, el jardín primero se reconstituye (tal vez con leves inexactitudes pero con algún pormenor lancinante) y el niño vuelve a circular entre las plantas. Y a ignorar.

El hombre ya no ve los arrabales chatos sino el querido jardín que se duplica meticulosamente, y el pensamiento, como si la laxitud del cuerpo abandonado contra el respaldo le permitiera circular por él, rememorante, y desarrollar lentas hipótesis, le propone un inmenso e invisible espejo que parte en dos el sendero principal. Acepta la imagen de un modo intermitente, confundándose por instantes con su pensamiento, por instantes desprendido de él y, entre aceptación y duda, se dice (aunque presienta que redescubre una trivialidad de la metafísica)

que el espejo es el principio del conocimiento, porque sólo la repetición de un objeto nos permite verlo y comporta la certidumbre de su existencia, que la fascinación que ejerce la simetría proviene de tal repetición y que conocer es reconocer... cuando el tren penetra en un túnel y la súbita noche anega sus elucubraciones, y el cuerpo se recobra y la apenas esbozada teoría calla.

¿Cómo revivir un momento en que todo era pura convergencia de sensaciones invulnerables a la incipiente reflexión? Inocencia, ignorancia, ceguera inefable que algún teólogo, le parece recordar, ha situado después de la eternidad y antes del tiempo, con la transparente intención de sugerir su irrealidad.

El niño ha aprendido a leer y, sentado en el borde de la terraza, con las rodillas que se tocan y los pies juntos, en el centro exacto del sendero central, vuelve las páginas sobadas de un libro que ha descubierto en el fondo de un armario, una historia de los jardines perteneciente, sin duda, al desconocido propietario de la casa y cuyas ilustraciones son grabados o borrosas fotografías carentes de color.

Nada le dicen los títulos y sus referencias geográficas, pero escrupulosamente intenta transformar en verdes y florecidas las parcas estampas. Ha llegado a un grabado que reproduce un jardín que llama su atención (mañana sabrá cuál, y que es ilustre) y sobre él, como sobre los precedentes, va distribuyendo con aplicación las plantas del jardín en que se halla. Pero ahora, a diferencia de sus intentos anteriores, los rosales, los lirios, las violetas, no sólo encuentran cabida sino su puesto exacto en el trazado. Entonces, un gran asombro interrumpe su pausada tarea ya que de no mediar, en el grabado, el estanque redondo en el sendero y la estatua que preside al fondo cobijada en un arco de verdura, ambos jardines, el de la imagen, y el de la realidad, serían idénticos. Siente con-

tento, aunque mezclado de perplejidad, porque ya una diferencia se ha insinuado, una brecha, una fisura casi dolorosa se ha abierto en la plenitud que su jardín representa para él: donde allí, en aquel sitio lejano, todo es arriate recubierto de impecable césped, aquí es cantero bordeado de torpes ladrillos. Donde allí son piedras lisas, aquí aflora la tierra, la invencible tierra que, detrás de la arboleda, se extenúa hasta el horizonte.

Fue sin duda en aquel preciso instante en que el jardín dejó de ser lo absoluto para convertirse en realidad provisoria, mientras la imagen del jardín se desprendía de él e iba a situarse en comarcas ignoradas.

(No es improbable que llevemos en nosotros, ocultas, enterradas, ciertas metáforas primordiales y que toda busca en la vida entrañe la finalidad de ilustrarlas con fragmentos de realidad —o la de substituirles la realidad originaria... Si así es quizá toda palabra meditada no quiera sino descifrar aquellas imágenes primigenias, agujeros en la insondable oscuridad, astros muertos de nuestras íntimas cosmogonías cuya ilusoria luz no es sino el recuerdo confuso de la luz—, de otra luz.)

Pero acaso el momento crucial —el momento en que lo absoluto no es ya el jardín sino su imagen para el niño— ocurre otro día y hay otro libro en sus manos, un triste folleto de preguntas y respuestas en el que memoriza las nociones del Dios trino y uno, del Verbo encarnado, del Espíritu desconcertante que es paloma y lengua de fuego, de la tenebrosa culpa.

Absorto, perdido en la historia del ángel más bello que se vuelve demonio, no ha oído la voz del padre que se iba acercando y que ha penetrado en el jardín, dándole justo el tiempo de estremecerse antes de arrebatarse el fascículo de las manos.

El padre es ese hombre enjuto y muy alto, de nariz prominente y labios secos que reina, o juega a creer que

reina, sobre el campo, la germinación de los sembrados, el tiempo, cuyas oscilaciones escruta en el cielo desde el alba hasta que el sol se pone, para profetizar con frases solemnes que al niño (porque tantas veces la realidad las ha desmentido o no ha estado a la altura de lo que sugerían), si bien no le parecen provenir de un oculto poder, continúan atemorizándolo, como si formaran parte de una sabiduría adulta cuyo enunciado en alta voz pudiese provocar su peligroso cumplimiento: cargarse el tiempo, armarse el granizo, entoldarse el cielo, caerse el cielo abajo o, el que mayormente le impresiona, cerrarse el día, son dichos que suenan a sus oídos como una vana conjura teológica (tal vez respondiendo a una sospecha semejante, pero más crédula, las ha engendrado el lenguaje).

El padre es ese hombre, caminador infatigable, que del despertar a la noche entrada vigila, espía, ordena, reprobueba, buscando perpetuamente un motivo que le permita encauzar la cólera que bulle permanente en él: peones que se reposan, vacas que no paren, mujeres que no friegan, árboles que no dan frutos, y que, cuando todo se ajusta a sus preceptos y los arados aran, las cluecas empollan, las ponederas no defraudan sus cálculos, las nubes, según su pronóstico, se electrizan debidamente, suele deambular, perdido, desamparado, hasta que algo en él debe de urdirse, alguna imaginaria situación de desorden, de desobediencia a su augusta autoridad. Entonces se detiene, su mirada, fija en una íntima lejanía, se acorta; sus músculos faciales se endurecen, los dientes asoman entre los labios inexistentes y, de repente, rompe a farfullar y se lanza en un soliloquio de brusquedades e interjecciones, dirigido a un invisible enemigo que en general se multiplica.

Los cuartos, si en la casa se halla, se vuelven minúsculos para su voz; la casa y los patios, pequeños para el monólogo que apenas iniciado degenera en diatriba: